EL ESCRITOR URUGUAYO JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN Y UNAMUNO (*)

POR

MANUEL GARCIA BLANCO

Fué don Miguel de Unamuno un excelente conocedor de las letras hispanoamericanas de su tiempo. De ellas se ocupó desde los últimos años del siglo precedente, y durante algunos de ellos cultivó la crítica literaria, de un modo sistemático, en la revista madrileña *La Lectura*. Y en más de una ocasión estuvo a punto de visitar a los países americanos que hablan español. Conoció personalmente y mantuvo trato con no pocos de sus escritores, y con muchos más se correspondió por escrito.

Algún día habrá que hacer el libro que estudie esta faceta de las relaciones de Unamuno con la América hispánica; pero tal vez no sea posible hacerlo mientras no dispongamos de un nutrido plantel de monografías, dedicadas a analizar y valorar la relación personal o epistolar que aquél mantuvo con tantos y tantos escritores americanos. A ello he venido dedicando algunos trabajos sueltos. Y ahora, en esta ocasión, voy a ocuparme de las que sostuvo con uno de los más caracterizados escritores uruguayos. Junto al nombre de Zorrilla de San Martín hay que alinear, por sólo citar tres figuras señeras de las letras de aquel país, los de José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira.

Y el motivo de mi elección se basa en un hecho que pronto deberá ser conmemorado a ambos lados del Atlántico: el primer centenario del nacimiento de Juan Zorrilla de San Martín, que ha de cumplirse en el año próximo.

Que esta coyuntura y el nombre egregio de los dos escritores amparen esta comunicación, que me honro en presentar a estas Jornadas. En ella utilizo, preferentemente, las cartas cruzadas entre ambos amigos, y algunos escritos públicos en que Unamuno se ocupó con interés efectivo y comprensión singular de la obra de su colega uruguayo.

(*) Este trabajo fué presentado como comunicación o ponencia a las II Jornadas de Literatura Hispánica, reunidas en Santiago de Compostela en julio de 1954. Fué leído ante la Comisión Primera, la cual, haciendo suya la propuesta en aquélla contenida, la sometió a la consideración del Pleno, que se celebró el día 21 de julio, el cual, a su vez, se dignó aprobarla.

Se inicia por parte de don Miguel de Unamuno en 1905, cuando Zorrilla de San Martín—casi diez años mayor que él—es un escritor famoso. El día 29 de noviembre de dicho año le escribe desde Salamanca en estos términos:

I

Muy señor mío: Hace tiempo, mucho, que deseaba manifestarle mi simpatía y mi admiración. Conozco hace años su *Tabaré* y lo he leído más de una y de dos veces, haciéndolo leer a varias personas. Me lo trajo de regalo, en magnífica edición, un amigo y paisano que residió allí.

Hace unos meses recibí sus *Conferencias y discursos* y pensé escribirle, acusándole recibo. Pero antes de hacerlo los leí, me encantaron, los releí en voz alta (leyéndoselos a un ciego, amigo mío) y formé el propósito de escribir sobre ellos, difiriendo el dirigirme a usted hasta haberlo hecho. En esto llegó el verano, me fuí a mi país vasco y a la vuelta escribí sobre su libro. Y ahora mismo acabo de corregir las pruebas. Mi trabajo se titula "Poesía y oratoria", está todo él dedicado a sus *Conferencias y discursos* y aparecerá en el próximo número de la revista madrileña *Nuestro Tiempo.*

En otro largo trabajo que titulo "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana", y que aparecerá, no sé cuando, en *La Lectura,* revista de Madrid, hablo también de su *Tabaré,* que es, para mi gusto, el mejor poema americano en lengua española.

Por todo ello, verá cuán sinceramente aprecio y admiro su labor. Y eso que nos separamos bastante en ideas.

Y una vez cumplido mi antiguo deseo de rendirle mi homenaje de alta admiración y simpatía, sólo me resta ofrecerme a usted como amigo y afmo.,

Miguel de Unamuno.

Así se acercó Unamuno a Zorrilla de San Martín. Los dos libros de éste que cita en su carta figuran hoy entre los que forman su biblioteca. Y los dos trabajos aludidos, aquellos en que se ocupa del uruguayo, vieron la luz. Veamos cuándo, y subrayemos las opiniones que Unamuno sostuvo en ellos.

El primero de ellos, "Poesía y oratoria", vió la luz en el número 65 de la revista *Nuestro Tiempo,* correspondiente al 10 de diciembre de 1905, y pasó más adelante a la colección de *Ensayos,* de cuyo tomo VI (Madrid, 1918) forma parte. De los veinticinco discursos que el escritor uruguayo agrupó en su obra, es el séptimo (uno de los que pronunció en Madrid cuando, en 1892, vino repre-

sentando a su país en los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de América) el que llamó la atención del vasco. Al menos en él se basa inicialmente su ensayo. Aunque más adelante se ocupe de los otros. Lo que don Miguel descubre leyendo a Zorrilla de San Martín es su calidad de orador poeta, no de orador abogado, que tanto irritaba a Guerra Junqueiro. Su verbo es elocuente, sincero, tiene unción en muchos temas; pero, sobre todo, "tiene—dice Unamuno—una de las grandes ventajas del poeta orador, y es que hasta las metáforas seculares se rejuvenecen en sus labios y parecen dichas por la vez primera"; y "esto—dice más adelante—sólo puede hacerlo el poeta; sólo el poeta es gran orador", "aunque sea orador mudo", apostilla.

El segundo trabajo unamuniano vió la luz en *La Lectura*, en el otoño de 1906, casi un año después de la carta a Zorrilla de San Martín; pero data de un año antes, y pasó más tarde al tomo VII de sus *Ensayos*. Surgió este escrito, como es sabido, a propósito del libro del peruano José de la Riva Agüero *Carácter de la Literatura del Perú independiente*, aparecido por entonces. Y si en el dedicado a los discursos del uruguayo había mencionado su gran poema dramático *Tabaré*, también en estas páginas se ocupa de él.

A continuación, por cierto, de este extraordinario pasaje, cuya recordación en esta coyuntura, por conocido que sea, me parece insoslayable:

> Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, o que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero a la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí, en España, se dan muchos: el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia... Tenemos que... comprender que para salvar la común cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles (1).

---

(1) Miguel de Unamuno: *Ensayos*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1919; tomo VII, págs. 134-135.

Así sintió siempre el problema de la lengua don Miguel de Unamuno. Y al ilustrar el americanismo histórico se acerca a *Tabaré.*

> De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pueblos indígenas—escribe—sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco, ...del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín.

Con estos escritos entabla el escritor español la amistad, luego perdurable, con el colega uruguayo. Oigamos ahora cuál fué la impresión de éste.

* * *

El día 26 de marzo de 1906 le escribe a Unamuno en estos términos, desde Montevideo:

I ª

Muy señor mío: ¿Querrá usted creer que la causa del retardo en contestar su carta no ha sido otra que la imposibilidad de dar con la entrega de *Nuestro Tiempo* que usted me anunciaba, y que he buscado en balde hasta anteayer por Montevideo y Buenos Aires? Ahí verá usted lo vinculados que estamos en la gran familia hispánica. Pero nunca es tarde cuando la dicha es buena, y lo ha sido por cierto para mí leer su precioso artículo. ¿Conque hay realmente algo de eso que usted dice en mis *Conferencias y discursos?* Yo, se lo confesaré francamente, no desesperaba de haber hecho obra de varón, como decía Sarmiento, en ese libro; pero necesitaba que me lo dijeran, que me lo dijera sobre todo usted, aunque fuera a mí solo. Muchas gracias por habérmelo dicho, y también por haberlo hecho en voz tan alta y tan llena de autoridad y de prestigio.

Estoy conforme con sus observaciones. La misma relativa al discurso de Lavalleja encierra una verdad intensa; porque, si bien es cierto que yo me empeño en ese discurso en exponer la razón de ser de la patria oriental independiente, porque en ese tiempo había quienes la ponían en duda, usted ha debido ignorar semejante cosa y, sobre todo, debía ignorarla yo cuando hablaba ante la estatua del héroe.

Y puesto que usted me lee con interés, lo que mucho me envanece y estimula, me conviene enviarle, y le envío, un librejo mío, *Resonancias del camino,* al que tengo mucho cariño; lo mismo que a esas otras páginas, que también le remito, que se intitulan *Huerto cerrado,* y que espero no disuenen en su oído. Va también la última edición barata de *Tabaré,* algo corregida, en la que el editor ha incluído una *Leyenda Patria,* obra de mis primeros años, que con ser tan desaliñada y balbuciente, vive entre nosotros la vida popular. Y así me tendrá usted

todo entero; no soy más que eso. Y, sin embargo, no es poco, créalo usted, en esta época y en este ambiente.

¿Abusaría demasiado de usted si le pidiera, a fin de que no me pase lo que con *Nuestro Tiempo*, me haga enviar o me envíe la entrega de *La Lectura* en que se publiquen sus "Consideraciones sobre la Literatura hispanoamericana"?

Si con sus generosos elogios no me hubiera usted inhabilitado para ello, aprovecharía esta ocasión para decirle a usted cómo y cuánto, y de cuánto tiempo atrás, lo sigue en su fecundo magisterio, y lo adivina y lo proclama eximio maestro, su amigo affmo. y s. s.,

Juan Zorrilla de San Martín.

Pongo también en mi pequeña pacotilla un ejemplar de *Parnaso Oriental*, que acaba de hacer, con bastante discreción, mi yerno Raúl Montero Bustamante, y que puede tener su puesto en su biblioteca americana. El mismo autor me pide se lo remita como testimonio de su grande estimación hacia usted.

Con el envío de los libros que el poeta uruguayo anuncia en esta carta se crea un clima de mutua comprensión y estima literaria, que sería mantenido a lo largo de su comunicación epistolar. *Resonancias del camino,* libro de viajes, nutrido con impresiones personales; *Huerto cerrado* y *Leyenda patria,* obra juvenil, publicada en 1879 e incluída ahora junto a *Tabaré*, todos ellos figuran hoy en la biblioteca de Unamuno.

Casi a vuelta de correo, el 6 de mayo de 1906, Unamuno le acusa recibo, a la vez que le informa de sus propios quehaceres, anticipándole noticias sobre el libro *Poesías,* que iba a aparecer en la primavera del año siguiente. He aquí su carta:

II

Mi estimado señor y amigo: Gracias por su carta y por el envío de sus libros y el *Parnaso Oriental,* de su yerno, a quien saludo.

Mi nota sobre sus *Conferencias* no ha sido sino aprovechar la primera ocasión que se me presentaba de decir algo de usted. Y volveré a decir. Lo digo ya en mi ensayo sobre la literatura hispanoamericana a propósito de un libro peruano, ensayo que espera publicación hace meses en *La Lectura,* y que haré llegar a sus manos. Es usted para mí el más *mío* de cuantos poetas escriben hoy en castellano, y soy difícil.

Le envío un ejemplar del último de mis libros, del único que es todavía mío, de mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* obra contra la que parece se han conjurado los literatos españoles. Mas, a pesar de los pesares, va haciendo camino, si bien poco a poco.

En breve pienso publicar un tomo de poesías líricas, especie de

musings o meditaciones, a que no sé si me lleva mi familiaridad con la lírica inglesa o mi educación en mi nativo País Vasco. Lo que sobre todo gusto es de la filosofía poética o la poesía filosófica, no de la simple mezcla de la poesía y la filosofía, no de los versos cenceptuales en que el esqueleto lógico asoma sus apófisis y costillas por entre la flaca carne poética, no, sino de aquellos otros en que poesía y filosofía se funden en uno como en compuesto químico. Yo no siento la filosofía sino poéticamente ni la poesía sino filosóficamente. Y ante todo y sobre todo, religiosamente.

Que le sea grato mi *Quijote*. Salude a su yerno.

Crea que es uno de mis mayores placeres haber estado en relación con hombre por quien sentía tanta simpatía como admiración, con ser ésta grande. Se cree acrecentado al poder decirse su amigo el que lo es,

Miguel de Unamuno.

Toda la carta respira un ansia de comunicación, que no me detengo a puntualizar. Lo que Unamuno escribe, por ejemplo, a propósito de su poesía, tiene un valor extraordinario, y bien sabido es que ese regusto por los *musings* ingleses es una de las vetas más características de su obra poética.

Y en cuanto al envío que le hace a su amigo de la *Vida de Don Quijote*, merece capítulo aparte. Porque de él recibiría, muy pocas semanas después, uno de los más agudos juicios que de esta obra se han escrito. Como si compensase el silencio de los escritores españoles ante aquella obra tan originalmente unamuniana.

Zorrilla, crítico agudo de Unamuno.

No voy a evocar aquel ambiente—el del III Centenario de la publicación del *Quijote*—, en que apareció el libro de don Miguel de Unamuno. Aunque él proclamó más de una vez que fué su contribución escotera, personal, no atenida a concursos nacionales, a una fecha tan considerable.

El juicio del escritor uruguayo se contiene en una larga carta escrita en Montevideo el 21 de junio de 1906, seis semanas después de la que Unamuno le había dirigido anunciándole el envío de su libro. Dice así:

II ª

Mi ilustre amigo: Leo con creciente avidez su *Vida de Don Quijote*, y me pongo a meditar sobre el núcleo de atracción recóndita que nos vincula a usted y a mí espiritualmente, al través de nuestras disiden-

cias fundamentales. Sí, es indudable que esa fuerza existe; es ella la que ha despertado en usted su simpatía hacia lo mío, haciendo que mi pensamiento cobre grandes proporciones de difundirse en el suyo amplísimo; es ella la que me hace ver grande su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en que lo veo a usted todo entero.

Pero ¿dónde está ese núcleo? ¿En qué consiste?

Me permitirá usted, amigo mío, que no me meta en esas honduras, en esa cueva de Montesinos llena de pájaros extraños y de visiones del otro mundo; no me siento con las fuerzas del Caballero de la Fe, ni me sostiene la cuerda de Sancho. Esas inmersiones del alma en el alma propia o ajena me causan vértigos, se lo digo sin metáfora, vértigo fisiológico.

Y vamos a lo concreto. Soy tan devoto como usted de Don Quijote. Sobre mi mesa de luz tengo dos libros amigos que son mi lectura al acostarme: la *Imitación de Cristo* y *Don Quijote*. Imagínese usted el deleite con que habré leído su conferencia heroica. Yo he hecho mentalmente muchas veces ese mismo libro, sin duda alguna; en sentido contrario algunas veces, en idéntico sentido otras. Con mucho menos mérito ético y estético siempre, pero con el mismo genio, con el mismo calor de sangre humana, con el mismo espíritu de fe, de esperanza y de caridad.

Y agreguemos un factor más: soy oyente recogido del gran Carlyle. Veo en usted un Carlyle vasco, es decir, un Carlyle superior. En usted el vasco acabará por absorberse al Carlyle; Don Quijote vencerá a Hamlet. Ya lo ha vencido, me dirá usted. Perdóneme; no lo creo. Y, sin embargo, son irreconciliables.

¿Qué decirle, *calamo currente*, de su libro que me pongo a releer? Admirable y único en su punto de vista. La ilusión es completa y llena de profunda verdad metafísica. Alonso Quijano el Bueno, y Cervantes, y Don Quijote, y Unamuno, y Sancho, y Carrasco el Bachiller, son todos entes de la misma naturaleza. Y uno se encuentra metido entre todos ellos como uno de tantos. ¡El problema del tiempo! ¡Las cuevas de Montesinos y las resurrecciones de Altisidora!

Su libro de usted es el gran momento del centenario de Cervantes. No extraño que no haya sido comprendido inmediatamente: desorienta un poco. Pero ahí queda.

Entraré en detalles. Vamos a algunos, entresacados de mis acotaciones.

"Yo sé quién soy" es "yo sé quién quiero ser". La lucha de *los dos Quijotes*, el manchego y el vizcaíno, es grandiosa; y se transforma en conmovedora cuando interviene ese tercer caballero que figura en su libro, ese vizcaíno que con tanta ternura habla de su sangre, de su casta, de su raza, a la que debe cuanto es y cuanto vale, de esa casta *que no data*, y que sabe bien lo que es.

Hondísima la observación que hace estribar lo heroico de la arenga a los cabreros en haber sido dirigida a los cabreros que no entendían ni jota. "Si queréis mejorar a un hombre, dice Goethe, haréis bien en hacerle creer que ya lo tenéis en lo que quisierais que fuese." "Si queréis que el esclavo muestre las virtudes del hombre libre, dice Georges, comenzad por darle libertad", etc., etc.

Admirable el análisis del amor de Don Quijote hacia Aldonza; es una revelación, es el secreto manifiesto de Carlyle. Esa es el alma de su libro: los doce años de tímido amor concentrado del bueno, del puro Quijano; los doce años de ensueño inconsistente, que hicieron de esa alma capaz de tanto amor una polea loca, una palanca con su fuerza y su punto de apoyo, pero casi sin resistencia. Sí, no hay duda; ésa y no otra fué la causa de la feliz locura del querido hidalgo; los libros de caballerías no fueron sino un tratamiento contraindicado. Y ese diagnóstico psicológico, ese gran descubrimiento es suyo, exclusivamente suyo. Cervantes no se percató de ello; no vió ese secreto manifiesto.

Conmovedora y llena de inmensa caridad la defensa de la pobre Maritornes; esas páginas valen toda la Sonata a Kreutzer.

Sí, es claro que Don Quijote, sentado en la jaula y con las manos atadas, no era hombre de carne; era hombre de espíritu, o, si usted quiere, espíritu de hombre. Si no fuera petulancia, yo me acordaría de que fué ésa la idea que se encendió en mí cuando dije que los soldados se engañaban cuando creyeron que Tabaré no era un espectro, sino hombre de carne y hueso, el medio loco. Y a propósito de Tabaré. ¿Ha advertido usted cómo coincido casi literalmente con usted en la ligera nota que pongo en mi Indice alfabético al explicar el vocablo Tabaré? (2).

Pero no he de transcribir a usted en esta carta todas las anotaciones marginales que he puesto en su libro. ¡Cuántas cosas le diría si habláramos con el libro en la mano durante algunas horas! No puedo resistir, sin embargo, a la tentación de transmitirle la siguiente nota que encuentro al hojear la obra para escribir a usted. Es verdad; este grave eclesiástico que así reprende a Don Quijote inspira estos Comentarios; pero como si se le considera con relación al andante caballero se le consideraría con relación a los estúpidos señores que lo toman de hazmerreír, ¿no es verdad que hay en él cierta dignidad, cierta superioridad, cuando reprende también a los duques y se retira de la mesa para no sancionar con su presencia sus crueles e irrespetuosas chocarrerías? ¿No es verdad que hay ahí un buen ejemplo para los eclesiásticos cortesanos?

Lleguemos a las más heroicas de sus meditaciones de usted, a las que le sugiere el episodio de Roque Guinart. Ya sabe usted que no estoy conforme con sus doctrinas sobre la eficacia redentora de la simple pena de vivir; yo no puedo confundir tampoco la firme esperanza del perdón con la seguridad absoluta de pedirlo y obtenerlo; la presunción es también, como la desesperación, un pecado contra la esperanza. Usted mismo, por otra parte, proclama el infierno, el eterno fuego, al hablar-

(2) Se refiere el poeta uruguayo en esta nota a las razones que le han movido a elegir el nombre de *Tabaré*, de marcada ascendencia indígena—"voz genuina y muy característica de la lengua *tupí*", nos dice—, que él utiliza para designar a un ente de ficción, con cuyo motivo expresa una opinión que es la que recuerda Unamuno, concebida en estos términos: "Yo creo firmemente que las historias de los poetas son, a las veces, más *historia* que la de los historiadores. Los criterios se imponen, es cierto, a la Humanidad; pero la inspiración se impone a los criterios, y vaya lo uno por lo otro." Lo que apostilla, y he aquí la coincidencia unamuniana, con el caso de Don Quijote: "¿Tiene acaso—añade—una vida más real en el criterio de la humanidad el rey don Felipe que el loco Don Quijote?" (págs. 294-295).

nos del *eterno olvido de Dios*. ¡Que nos olvide Dios! Sí, dice usted bien: eso es precisamente el infierno, y eso es fuego esencial, si reconocemos que fuego no es otra cosa que el agente misterioso que separa, que disgrega, con supremo dolor inevitable, lo que por naturaleza debe estar unido. Tampoco estoy conforme en que sean *sólo* las intenciones, y no los actos, las que nos estraguen el alma. El matar no es malo por el daño que recibe el muerto; el fornicar no es malo por el que recibe la fornicada; es verdad, pero la fornicación engendra fornicación y el crimen engendra crimen. Lo dice el mismo Roque: un abismo llama a otro, y un pecado a otro pecado. Y esas consecuencias morales tienen que tenerse en cuenta para apreciar la maldad y aun la malicia de un acto humano.

Y sin embargo de estas disidencias y tantas otras, ¡cuánta fraternidad entre su espíritu y el mío, mi querido amigo! ¡Cuánta piedad, cuán intensa caridad veo brotar, como un divino efluvio, de esas sus angustiosas y conmovedoras meditaciones!

Sí, es verdad; nuestros gauchos llaman *desgracia* a cometer un homicidio. ¡Pobres gauchos! Oiga usted un caso histórico e inédito. Si yo estuviera aún en situación de meterme en la cueva de Montesinos de mi alma, haría de ese episodio mi poema, hermano y continuador de *Tabaré*. Haga usted con él el suyo, pues su alma vibra.

En medio de la noche y de la tempestad, un gaucho a caballo golpea la puerta del cura de un pueblo de mi tierra; le pide que lo acompañe a auxiliar a un moribundo; el cura monta a caballo y sigue a aquel hombre; van a la luz de los relámpagos; cae la lluvia; atraviesan las colinas; penetran, por fin, en el bosque. Hay allí un hombre muerto debajo de un árbol, de un espinillo, de un ceibo. El gaucho mira el cadáver, se arrodilla a su lado y reza; se levanta, mete la mano en su cinto de cuero, saca un peso y se lo entrega al cura. "Tome, padre, para que le diga una misa..." Y el pobre asesino, ¿es ése un asesino?, vuelve a montar a caballo y se aleja con la cabeza sobre el pecho... Su silueta se proyecta sobre los relámpagos, se sumerge en la oscuridad..., ¡en la oscuridad!

Compare usted esa escena con la espantosa de Hamlet cuando se resiste a matar a Claudio en el momento en que está rezando, y *porque está rezando*.

¡Y la justicia humana llamará asesino al pobre gaucho matador!

Tiene usted razón, mi misericordioso amigo: existe un remordimiento social desparramado entre las unidades que forman el conjunto; es preciso que la sociedad lo sienta con energía, que sufra sus mordeduras, que se golpee el pecho y se vista de cilicio por las culpas de los Roque Guinart catalanes o gauchos. No sé si será necesario para ello que Sancho le ponga la rodilla sobre el pecho y que vuelva contra ella la jáquima con que desuella los árboles; no sé si será ése el medio más conducente a hacerle hacer examen de conciencia y llamarla a contrición perfecta; pero es indudable que eso vendrá inevitablemente si el remordimiento social no reencarna a Don Quijote. Y es eso, fíjese usted bien, es eso lo que usted se propone en su libro, más aún que el llagar el corazón de sus lectores y hacerlos vivir en anhelante zozobra.

En fin, mi ilustre amigo: ya hemos conversado un buen rato, y me

parece que me queda todo por decirle. Me siento más amigo suyo después de nuestra cordial conversación.

Y cierro esta carta a medio escribir con un abraso,

Juan Zorrilla San Martín.

Espero ansioso su prometido libro de poesías.

Constituye esta extensa carta de Zorrilla de San Martín una magnífica muestra de su capacidad para la crítica literaria, y es, desde luego, una de las mejores interpretaciones del famoso libro de Unamuno sobre el *Quijote*. No sólo descubrimos en ella la agudeza de un lector atento, sino la fina sensibilidad del crítico.

Por eso es justificado y natural el entusiasmo con que don Miguel contesta pocos meses después.

Desde Salamanca, el día 2 de noviembre de 1906, le escribe en estos términos:

III

No sabe usted bien, mi buen amigo, cuánto bien me hizo su carta. De cuanto se me ha dicho de mi *Vida de Don Quijote*, lo que usted me dice es lo que más me anima. Usted es el único que me ha mostrado en mi libro el descubrimiento de más dolorosa experiencia personal, el de que la locura de Don Quijote fué una locura de amor, de amor vergonzoso y tímido, y que por acallarlo se dió a leer libros de caballerías. Recuerde usted aquellos versos estupendos de Leopardi en su *Consalve*, los que dice:

Sempre inquell'alma
Era del gran desio stato più forte
Un sovrano timor. Cosí l'avea
Fatto schiavo e fanciullo il troppo amore.

Gracias, pues. ¡Consuela y anima tanto el ser comprendido y sentido...!

Ahora me ocupo en corregir y arreglar mis poesías. Más de la mitad son de este año. Yo apenas escribí versos hasta pasar de los treinta años, y la mayoría de ellos, la casi totalidad, después de transpuestos los cuarenta (acabo de cumplir los cuarenta y dos), y creo, y otros creen también, que los últimos son los mejores. Son poesías de otoño, no de primavera.

En un largo ensayo sobre la literatura americana que acabo de publicar en los números de septiembre y octubre de *La Lectura*, de Madrid, hago de la obra de usted la mención que ella se merece y que no es sino el anuncio del estudio que a ella o su *Tabaré*, y a sus hermosísimos *Discursos* en particular, pienso dedicar. Quiero que se conozca aquí lo bueno de América y que no se confunda a todos ustedes en un

desdén común motivado por la garrulería de los cantores de faunos, ninfas, dríadas, abates versallescos y chucherías mal traducidas del mal francés.

Mi aspiración ahora es hacer un viaje a esa América del Sur, y creo podré realizarlo. Algo me lo estorban mi cargo y mi familia—tengo siete hijos y mi mujer que no le gusta que yo me ausente, y a la que debo casi todo lo que en mí valga—, pero esto no son obstáculos grandes. Máxime cuando puede ser en bien de todos.

Mis relaciones en esos pueblos sudamericanos crecen de día en día; deseo visitarlos y contar a mis compatriotas, que me escuchan bastante, lo que ahí haya visto y oído. Los señores Zulueta y Rahola, que estuvieron ahí, me animaban a ello en Barcelona, donde he estado últimamente unos días.

Este mi viaje de Barcelona me ha corroborado en mi creencia de que la renovación de España vendrá del litoral cantábrico más que del mediterráneo. En Barcelona hay demasiada fachada y demasiada petulancia jactanciosa; a las veces se cree uno en un arrabal de Tarascón. El costero del Cantábrico es más serio, más recogido y más modesto.

Lo abraza su amigo,

Miguel de Unamuno.

No tengo noticia de que Unamuno cumpliese la promesa de un largo estudio sobre la obra de Zorrilla de San Martín, fuera de los anteriormente citados. Tampoco tuvo lugar el anunciado viaje a América, que no sólo ahora, sino en otras y posteriores ocasiones parecía cosa resuelta. La que más cerca estuvo de lograrse fué en 1916, con motivo del Centenario de la muerte de Cervantes. Entonces estuvo invitado a ir a Buenos Aires, y el propio Ramón y Cajal, presidente a la sazón de la Junta para Ampliación de Estudios, le animó a ello, como en otro lugar he dado a conocer (3). Pero ya no era rector Unamuno, y no quiso pedir permiso oficial para ausentarse de su cátedra salmantina.

Las noticias que brinda a su amigo uruguayo acerca de su propia poesía, muy poco tiempo antes de publicar el primer volumen de ella, tiene un extraordinario interés, que en otro lugar he subrayado (4). Y su alusión al viaje a Barcelona, del que proceden tres de aquéllas: *La catedral de Barcelona*, dedicada al poeta catalán Juan Maragall; *Tarrasa* y *El* aplech *de la protesta*, nos per-

---

(3) M. García Blanco: "Recuerdos de Ramón y Cajal en Unamuno", en *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid, tomo XXXIII, cuaderno CXXXVIII, enero-abril, 1953, págs. 7-18. La carta aludida en el texto está fechada en Madrid el 27 de enero de 1916. Fué el presidente de la Institución Cultural Española, de Buenos Aires, el doctor Avelino Gutiérrez, quien interesaba la presencia de Unamuno en aquella ciudad.

(4) M. García Blanco: *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticiensa, Serie de Filosofía y Letras, tomo VIII (de inmediata aparición), págs. 74-75.

mite recordar su severa admonición a los escritores y artistas de Cataluña, a los que juzgó como unos niños ahogados por la Estética, tantas veces aducida.

Paréntesis de un año. Se reanuda la comunicación epistolar.

Después de estas encendidas muestras de una amistad y un afecto auténticos, no sabemos que ambos amigos cruzasen correspondencia durante el año 1907, y eso que en él apareció el primer libro de versos unamunianos, cuyo envío hizo muy pronto a Zorrilla de San Martín. Por eso su primera carta se refiere a aquél. Pero también nos da la razón de su prolongado silencio. Una gran desgracia familiar se acababa de abatir sobre su vida. De ella informa, doloridamente, a Unamuno, desde Montevideo, el 4 de abril de 1908. Así:

III ª

Mi querido amigo: Pues sabe usted que murió mi mujer, lo sabe usted todo; no, todo no, porque no sabe que murió durante tres años de una de esas enfermedades nerviosas o cerebrales o psicofísicas a que los médicos han puesto nombres deshabituados para hacer como que conocen algo de la cosa. ¡Y conocen el nombre! He padecido mucho, en el alma sobre todo. Eso me queda; es mi tesoro: mi buen dolor padecido. Pero me siento fuerte, y con el firme propósito de vivir.

Y con la acuidad y el interés que son prenda del escritor uruguayo, le da a Unamuno su opinión sobre sus poesías:

Su libro de poesías—le escribe—pasó entre mis tribulaciones. Quise escribirle y no le escribí. Pensé en decirle que sus poesías no me parecieron otoñales como usted me había anunciado, sino completamente estivales, frutos en plena sazón y muy nutritivos. ¿Dejan por eso de estar llenas de sol melodioso y de expresivo color? ¿Deja éste de ser hermoso por ser sano? Usted conoce las teorías que consideran incompatible el satisfacer las necesidades de la vida, física o moral, con el servir a la contemplación estética, esencialmente desinteresada. Excuso decirle que yo no pienso así. Su libro plantea ese interesantísimo problema, y a mi modo de ver, lo resuelve victoriosamente. Le ofrezco por ello mis cordiales felicitaciones.

No es este juicio sobre el nuevo libro de Unamuno ni tan dilatado ni tan hondo como el que había dedicado a su gran ensayo quijotesco. Las causas alegadas nos lo explican. Pero en su brevedad enfoca un aspecto esencial de lo que las poesías del vasco

representan. Y tras referirse a un asunto personal—la llegada a Montevideo de un joven español por quien Unamuno se interesa—, la noticia de nuevos quehaceres literarios anima el temple dolorido, pero no abatido, del uruguayo.

> Le anuncio—concluye—para dentro de algunos meses, Dios mediante, el canon del monumento a Artigas, que me ha encomendado el Gobierno. No he tenido tiempo de hacerlo corto, y será un libro extenso. En él discuto largo y tendido con usted: *ad hominem*. Hablo de aquello de *la patria atlántica subtropical*. Ya lo verá.
>
> Me ha dado usted un gustazo con el recuerdo que me consagró en su artículo "Tres generaciones".
>
> Un abrazo de su affmo. amigo,
>
> *Juan Zorrilla de San Martín.*

El último pasaje de esta carta merece una aclaración. El artículo de Unamuno que Zorrilla de San Martín le agradece se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, el 2 de noviembre de 1907, con el título de "Tres generaciones", y pasó luego al libro *Mi religión y otros ensayos*, aparecido en 1912. Esas tres generaciones son las de una familia vasca a la que Unamuno conoció en su país nativo: abuelo, padre e hijo, el segundo de los cuales, por haber sido lo que se llama un "indiano", es objeto de sorpresa y extrañeza por parte de los otros dos. "Porque el padre—aclara el autor—se encontraba entre sus recuerdos y sus esperanzas." Y con este motivo deslizó un recuerdo del propio Zorrilla de San Martín, que éste tenía que sentir en lo hondo. Se contiene en estas breves palabras:

> ¡Qué hermoso, qué henchido de honda piedad y de íntima poesía es el relato que el gran poeta oriental Zorrilla de San Martín nos hace de su visita al pueblo de su padre, allá en la montaña de Santander! Pero es que Zorrilla de San Martín es un poeta, un verdadero poeta, un alma delicada y noble, que guarda el tesoro de una cultura secular" (5).

Dije antes que con esta carta de 4 de abril de 1908 se había cerrado un paréntesis de silencio en la comunicación epistolar de ambos escritores. Pero debe advertirse que antes de ella fué el propio Unamuno quien, en la suya de 28 de febrero de 1908, se extrañaba del silencio de su amigo. De esta forma:

> Nada sé de usted, mi querido amigo, hace tiempo, ni aun si recibió mi tomo de *Poesías*, que le envié por mediación del joven Nin y Frías.
>
> Después he oído que perdió usted a su mujer, y así me lo explico todo. Y le manifiesto mi simpatía de pesar.

(5) MIGUEL DE UNAMUNO: *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1942, tomo II, pág. 377.

De estas líneas fué portador un joven salmantino que se trasladaba a Montevideo, y al que Unamuno encomienda a su amigo el poeta uruguayo. Este es el asunto personal al que se refiere en la carta antes transcrita.

Un cruce de cartas en 1908.

En el mes de julio de este año se escriben ambos amigos. Con una diferencia de pocos días. Unos meses antes había hecho llegar Unamuno a manos de Zorrilla de San Martín su libro, recientemente publicado, *Recuerdos de niñez y de mocedad.* A él se refiere, con su agudeza característica, el escritor uruguayo. El día 2 de dicho mes le hace saber a don Miguel lo que sigue:

IV ª

Mi querido amigo: Me parece que contesto, aunque con retraso, una carta suya, al darle cuenta de la lectura de su último interesantísimo libro, que mucho le agradezco. Ese libro epistolar contesta, a su vez, la carta que, con el creciente interés que me inspiran su espíritu y su vida de usted, le hubiera yo escrito preguntándole algo sobre su origen psicológico. ¿Conque eso es usted en el pasado? ¿Y de dónde sale entonces el usted del presente? Confieso que no percibo bien la soldadura. Eso, la soldadura, será el asunto de otro libro suyo..., que será seguido, dentro de veinte años, de un tercero, el más interesante de todos sus congéneres. ¡Lo que vamos a ver y pensar en estos veinte años! Porque ha de saber usted que tengo la santa intención de vivirlos quieras que no.

Y así fué, ya que Zorrilla de San Martín no murió hasta 1931, a los setenta y seis de su edad. Y sigue la carta, refiriéndose al recomendado salmantino que Unamuno le envió, y que, nostálgico y desfallecido, regresó a España.

Por los mismos días, el 5 de julio—tres días después de haber escrito Zorrilla de San Martín la suya—, le escribe Unamuno desde Salamanca:

V

Su carta del 4 de abril debió cruzarse con el ejemplar de mis *Recuerdos de niñez y de mocedad* que le dedicaba. Este libro íntimo, acaso por serlo, ha tenido hasta ahora menos aceptación que otros míos. Ni siquiera lo han tomado por el aspecto de un ensayo de psicología infantil.

Como se recordará, Zorrilla de San Martín no pudo conocer esta apreciación del propio Unamuno sobre este libro suyo cuando redactó la carta anterior, lo que confirma la agudeza de su juicio.

Y ahora Unamuno, refiriéndose a la carta de su amigo citada al comienzo de la suya, pasa a ocuparse de los quehaceres literarios de éste:

> Leeré, y con gusto—le dice—, su libro sobre Artigas, y espero que él me sugiera comentarios en que una vez más ponga de manifiesto toda la simpatía que hacia usted siento y toda mi admiración por su labor.

Lo que, efectivamente, fué cumplido cuando aquél llegó a sus manos. Recuérdese el ensayo unamuniano titulado "La epopeya de Artigas", como el libro del escritor uruguayo, que vió la luz en el diario bonaerense *La Nación*, e incorporado más tarde al libro *Contra esto y aquello* (1912).

Y sigue la carta:

> Y a propósito he de decirle cuán difícil resulta obtener aquí libros americanos. Hace dos o tres meses, en un cierto artículo que tuvo aquí resonancia y fué muy reproducido y comentado—se trataba de nuestras luchas políticas—, dije de paso que era usted, a mi parecer, entre los vivos, el más grande orador en lengua castellana, y más de uno me ha escrito preguntándome dónde podría ver sus *Discursos*. Y si su *Tabaré* es aquí más conocido es merced a la edición española.
>
> Un día de éstos me voy a veranear con mi mujer y mis cinco hijos menores—los dos mayores (pues tengo siete) están en Bilbao, mi pueblo—a un pueblecito de la costa de Portugal; pasaré luego setiembre en mi País Vasco, y por otoño daré un nuevo libro de poesías mientras sigo trabajando en mi *Tratado del amor de Dios*.

Estas peripecias personales, de las que Unamuno informa al uruguayo, tuvieron su importancia. Porque esa estancia veraniega de don Miguel y los suyos en la playa portuguesa de Espinho fué bruscamente interrumpida por la muerte de su madre, lo que le hizo salir precipitadamente para Bilbao.

El anunciado libro de poesías tardó en publicarse, y no fué de las que tenía reunidas ya por entonces, sino su *Rosario de sonetos líricos*, que comenzó a escribir en el otoño de 1910 y vió la luz en la primavera del siguiente.

Finalmente, el *Tratado*, en que le hace saber que está trabajando, se llamó más tarde, al ser publicado, primero en revista y luego en libro, *Del sentimiento trágico de la vida*.

La carta termina dándole cuenta de su descubrimiento de otro escritor y pensador del Uruguay. En estos términos:

Estoy encantado con la agudeza y la penetración mental y con la firmeza y la originalidad de puntos de vista de Carlos Vaz Ferreira. Es un espíritu de peso, y celebro haberlo conocido. Quiero comentar largamente sus escritos, que son sustanciosos.

Hasta otra. Ya sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno.

Este capítulo de la amistad de Unamuno con Vaz Ferreira es otro de los que me propongo hacer muy pronto. Ya tengo reunida la correspondencia que ambos cruzaron, y puedo anticipar que, si bien breve en número, es muy sustanciosa por su contenido. Y alguna de las cartas de don Miguel resulta esencial para un recto entendimiento de lo que fué para él la poesía. Por eso la he utilizado ampliamente en un libro, de próxima aparición, a ella dedicado (6).

Otro paréntesis. Unamuno, crítico de Zorrilla de San Martín.

Durante los años 1909 y 1910, la comunicación epistolar de ambos amigos conoce otro paréntesis. Al menos, no tengo noticias más que de las dos siguientes. Una tarjeta de Unamuno, fechada en Salamanca el 13 de abril de 1909, en que, aparte de darle cuenta de sus quehaceres, le anuncia el envío de una curiosa obra suya. Es como sigue:

VI

Le envío, mi querido amigo, mi conferencia en el homenaje a Darwin en la Universidad de Valencia. ¿Qué es de usted? ¿Qué hace? ¿Acabó ya aquel trabajo que me anunciaba? Cada cosa de usted que llega es para mí un regalo. Yo sigo muy ocupado en mi próximo libro *Tratado del amor de Dios.* En cuanto a mis Memorias, no sé si las continuaré, como usted me indica. Me costaría trabajo contar mi crisis religiosa, que fué a los veinte años. Adiós. Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno.

La conferencia aludida es una interesante y olvidada pieza oratoria de Unamuno, que muy pronto será incorporada a sus obras completas. Su origen fué el siguiente. En el mes de febrero de 1909, la Academia Médico-Escolar del Instituto Médico Valenciano conmemoró el primer Centenario del nacimiento de Darwin. A dicho

(6) Obra citada en la nota 4.

acto fué invitado don Miguel, y su conferencia fué publicada en la *Tribuna Médica,* órgano de la indicada Asociación. En ella hay tiradas de versos de Leopardi y dos sonetos del poeta portugués Antero de Quental en una primera redacción, no enteramente métrica.

Y la alusión a las *Memorias,* además de basarse en la carta de Zorrilla de San Martín, iban a ser una continuación de su libro *Recuerdos de niñez y de mocedad,* que, como sabemos, aquél comentó, incitando a su autor a ofrecerle un nuevo libro en que los prosiguiese. Tal vez impidió el propósito esa crisis religiosa a la que su autor alude, y que, si tomamos al pie de la letra su afirmación, habría que retrotraer a 1884, siete años, por tanto, anterior a otra que ya ha sido estudiada por Antonio Sánchez Barbudo (7).

El otro testimonio de esta amistad epistolar data del 6 de diciembre de 1910, en que Zorrilla de San Martín escribe a Unamuno la breve carta que sigue, anunciándole el envío de su libro sobre *Artigas.* Es así:

V ª

Grande y buen amigo, como dicen los otros grandes: Le remito mi libro sobre *Artigas,* según lo prometido. Usted dirá si he dado en el clavo o en la herradura. Espero su juicio, aunque sea privado y en somera forma. Como usted verá, no es un libro que pueda yo mirar sin grandísimo interés. Y es usted quien puede decirme el destino que le está reservado.

Que sirva, al menos por ahora, para reanudar mi correspondencia con usted, que me es tan grata, y para recordarle la grandísima estimación y el afecto de su amigo,

Juan Zorrilla de San Martín.

El juicio de Unamuno, tan intensamente solicitado y esperado, no tardó mucho en llegar a manos del autor de *La epopeya de Artigas.* El día 5 de enero de 1911, un mes apenas después de la carta anterior, escribe Unamuno desde Salamanca en estos términos:

---

(7) ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO: "La formación del pensamiento de Unamuno. (Una conversión "chateaubrianesca" a los veinte años), en *Revista Hispánica Moderna,* 1949, XV, 99-106; ídem, "La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: la crisis de 1897", en *Hispanic Review,* 1950, XVIII, 218-243; ídem, "La fe religiosa de Unamuno y su crisis de 1897", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* tomo VIII, 381-443, que es dúplica al artículo de Hernán Benítez "La crisis religiosa de Unamuno", aparecido en la misma revista en 1949, págs. 11-88, quien, a su vez, le contesta a continuación del anteriormente citado.

VII

Voy a serle, mi querido y buen amigo, tan leal y franco como suelo. Su *Artigas* es, como obra de poeta y de patriota, admirable. Tiene tan honda poesía como sus *Discursos*. Como obra de historiador..., sería cosa de verlo más despacio. Yo no sé si Artigas era, en efecto, tal cual usted, llevado de su fantasía y de su amor patrio, nos lo pinta, ni me importa en rigor. A mí no acaba de convencerme sino en sus veinticinco años últimos en el Paraguay, ostracismo que es de una estupenda hermosura. Sospecho que en este caso se ha invertido lo normal en esa América, de la que he escrito que tiene más Aquiles que Homeros, pues sus hombres de pensamiento y de fantasía no llegan a sus hombres de acción. Es muy raro que ahí Homero haga a Aquiles. Ahora no recuerdo sino dos casos: Sarmiento con Quiroga y Rosas, a quienes hermoseó como a Satanás Milton, y usted con Artigas. Sarmiento *ha hecho* al Rosas y al Quiroga históricos, y usted deja esculpido a Artigas. ¿Para qué más estatua? *Aere perennius*. Y admirables algunas otras figuras, como la del esfíngico Rodríguez de Francia.

Veo que ha influído en usted otro gran poeta que se hizo historiador: Carlyle. Le conozco bien y hubo tiempo en que también en mí influyó poderosamente. La traducción española de su *Revolución francesa*, que anda por ahí, editada por Lázaro, la hice yo, y ha sido una de mis hazañas, porque hazaña es traducir a Carlyle.

Así y todo, prefiero historiadores como Carlyle y usted, y Michelet y Thierry, etc., etc., a los otros. Y esa historia es, en un sentido hondo, más verdadera. Si Artigas no fué tal cual usted nos lo esculpe, en sonora palabra así debió ser. Ese es el arquetipo de Artigas, el sobrehombre de Artigas; ése es el Cristo uruguayo.

Todo esto se lo diré al público, es decir, a mi público.

Y así fué cumplido. Desarrollando ideas que ya están en germen en esta carta, en la que Unamuno juzga la nueva obra de Zorrilla de San Martín, a la que dedicó no menos de tres de sus correspondencias en el diario argentino *La Nación*, aunque—y de ello me ocuparé más adelante—sólo viera la luz la primera de ellas. Apareció en el número de 11 de marzo de 1911, con el título de *La epopeya de Artigas*, y luego la incorporó su autor al libro *Contra esto y aquello*, como antes he indicado.

El resto de la carta unamuniana, aparte de otro asunto personal que no hace al caso—la recomendación que Unamuno le hace a su amigo de un sacerdote español que quiere trasladarse a América—, está dedicada a la propia tarea literaria de aquél. Con noticias del mayor interés, como correspondía a la amistad que los unió.

Y aquí me tiene usted, amigo mío—prosigue—, pasando la temporada más lúgubre de mi vida, lleno de tristes pensamientos. Y eso que mis asuntos no van mal y tengo bien a mi mujer y a mis ocho hijos.

Pero... la desesperanza trascendental, el *tedium vitae,* me cerca como nunca.

Que se reflejará en parte de la obra poética que ahora trae entre manos. Oigámosle:

Próximamente publicaré—y recibirá usted—mi *Rosario de sonetos líricos* (más bien trágicos), entre los que verá usted desahogos de mi pesimismo. Me dicen que algunos recuerdan los de Quental. Este Quental, y Leopardi, Thompson, Pascal, Guérin, *Obermann,* Kleist, Kierkegaard, *René,* Cooper, Mathew Arnold, etc., ¡son mi... consuelo!

Pero no hablemos de esto.

Y no falta su recuerdo de otro gran escritor uruguayo:

Si ve a Rodó dígale que me da vergüenza escribirle. Tenía que hacerlo muy de largo y por eso lo he ido dejando.

Y nada más por ahora.

Dios le depare un nuevo año de trabajo y de esperanza.

Es muy de veras su amigo,

Miguel de Unamuno.

Conviene que ahora conozcamos cuál fué la reacción de Zorrilla de San Martín ante el juicio de Unamuno. Se nos ha conservado en la carta que le dirigió el día 3 de febrero de 1911, que comienza así:

VI ª

Mi querido amigo: Gracias por su confortante opinión sobre mi *Artigas.* Como yo formo parte de su *público,* espero que usted me hará conocer lo que usted le dirá. La Sociedad Internacional, que ha impreso la *Antología* que usted conoce, parece interesada en hacer y difundir la segunda edición de *Artigas,* y acaso lo que usted diga a su público venga bien para prologarla. No deje, pues, de enviármelo.

La opinión unamuniana ha sido bien recibida; pero se ve que el autor reserva la suya y espera a la publicación de aquélla en forma pública. Por eso, tal vez, lo esencial de su carta de contestación, que tiene verdadero interés, está dedicado a sacudir el ánimo de don Miguel, interesándose por sus cosas y aconsejándole sobre ellas. Sobre todo por las que reflejan un estado de íntima desesperanza. Y mezclando lo literario y lo íntimo, el interés y el consejo, en un magnífico tono suasorio le dice lo que sigue:

¡La temporada más lúgubre de su vida! ¿No será la crisis que, si mal no recuerdo, le anunciaba en una de mis cartas, creo que en la que

le escribí con motivo de *Don Quijote y Sancho?* Yo tengo este su libro entre la docena de los que *prenden* en mi alma y constituyen toda mi biblioteca viva. ¡Usted, en cambio, lee tantos libros! ¡Tiene que leer tantos! Al lado de su *Quijote* yo tengo la *Imitación.* Y no se dan de bofetadas, por cierto. Usted me anunció un libro sobre el *Amor de Dios,* me parece. Hace veinte años que tengo yo uno en el telar, que se va tejiendo poco a poco como un capullo, sobre el *Padre Nuestro.* ¿No le gusta a usted más el *Padre Nuestro* que *Obermann* o Quental? ¿No estaría más indicado, sobre todo, para curar esa su *desesperanza trascendental,* que no es otra cosa, o mucho me equivoco, que una desviación apoplética (propia de las almas grandes y buenas) de la esperanza demasiado impaciente? ¡La impaciencia de la esperanza! Es preciso que procuremos sentir la presencia y la influencia del Padre, del nuestro... Porque El está por ahí, no le quepa a usted duda; está en la casa fraterna, sobre todo, a cuya puerta hemos de golpear. ¡Vaya si está! El Maestro nos enseñó la dirección de la casa, la calle y el número. Caminemos hacia allá; pero, al mismo tiempo, que venga El hacia acá, hacia nuestras almas, y reine en ellas, y nos dé Pan, pan espiritual, luz y fuerza. No nos ha de dar una serpiente si le pedimos pan, ni un escorpión si necesitamos un huevo. Y nos dará también perdón, pues nadie mejor que El conoce nuestra flaqueza y su origen. Y nos librará del Malo, autor del *tedium vitae* y de sus nebulosas tentaciones o asechanzas... Amén. El Moisés de Alfredo de Vigny se queja a Dios:

Pourquoi vous fallut-il tarir mes espérances,
Ne pas me laisser homme avec mes ignorances?

¡Nuestras luminosas ignorancias! Son nuestro tesoro, amigo querido; son nuestras evidencias intuitivas.

Le envía un abrazo su amigo *et nunc et semper,*

Juan Zorrilla de San Martín.

No contestó Unamuno inmediatamente a esta carta, en la que aquella alma buena y noble que fué el poeta uruguayo parafrasea la oración del *Padrenuestro,* con el mejor deseo de que su piadosa intervención levante el ánimo atribulado de su amigo. Y hemos de esperar al año siguiente para que se reanude el hilo de esta comunicación epistolar.

Y es una carta del escritor americano quien la reanuda, y, al hacerlo, da cuenta de un curioso sucedido literario que le afectaba muy de cerca.

Pérdida de dos correspondencias unamunianas sobre el Artigas, *de Zorrilla de San Martín.*

Ya se dijo más atrás que la primera de las correspondencias de Unamuno sobre *La epopeya de Artigas* vió la luz en *La Nación,* de

Buenos Aires, el 11 de marzo de 1911. Sólo un año después tendría conocimiento el autor de aquélla de que las otras dos habían desaparecido.

El día 5 de abril fecha Zorrilla de San Martín, en Montevideo, la siguiente carta:

VII [a]

Mi querido amigo: Un año ha tardado en llegar a mí noticia que usted envió a *La Nación*, de Buenos Aires, dos correspondencias, muy esperadas aquí: "El Padre de la Patria" y "Artigas y el patriciado porteño". Las correspondencias fueron compuestas, pero se distribuyó el tipo sin publicarlas; los originales... se han hecho humo; sólo se conservan tres meses, me dicen.

Saber eso y dirigirme a usted es todo uno; hoy mismo lo he sabido a ciencia cierta. ¿Podría yo conocer esas dos correspondencias, continuación de la interesantísima que se publicó? Bien comprendo que es mucho pedir y, sobre todo, demasiado esperar. ¿Cómo habría de conservar usted copia de esos escritos? Pero aunque fuera un extracto o síntesis de su opinión, para publicarlo o no en Montevideo, según usted ordene, su obsequio sería para mí de gran valía. Se lo pido.

Ya veremos más adelante cómo atendió Unamuno este ruego. La carta termina así:

Preparo una copiosa edición popular, barata, de mi libro, corregido y ampliado con nuevos interesantes documentos e impresiones. Se hará en Barcelona. También un nuevo librito que, por ahora, se va intitulando *Comentarios*. Tiene de todo un poco.

Con gran cordialidad le envía este nuevo afectuoso saludo su siempre amigo,

Juan Zorrilla de San Martín.

Veamos ahora la forma en que don Miguel atendió un ruego que tanto interesaba a su amigo. Lo hace en la carta que le dirige desde Salamanca el 27 de abril de 1912, y en ella le da cuenta de lo ocurrido con sus tres correspondencias enviadas a *La Nación*, de las que sólo se llegó a publicar la primera, la titulada "La epopeya de Artigas".

VIII

No sabe usted bien cuánto me alegro de su carta, mi querido amigo. Porque no sabía cómo escribirle después de lo que pasó con mis tres artículos sobre su obra enviados a *La Nación*. Fueron tres, y no dos. Uno, "La epopeya de Artigas", que se publicó en el número del 11 de marzo del año pasado, y otros dos, "Artigas y el patriciado porteño"

y "La esfinge paraguaya", que no llegaron a publicarse. Que llegaron a la Redacción estas dos correspondencias me consta, pues que se publicó algo que con ello justamente iba. Con esos dos son tres solos los artículos que han dejado de publicarse en *La Nación* en la media docena de años que llevo colaborando en ella, y en que he publicado allí 167 correspondencias. No he querido indagar las razones de por qué no se resolvieron a publicarme aquellas dos correspondencias, aunque las supongo. Usted conoce mi independencia de criterio, esto es, mi ruda franqueza. Acaso creyeron, pues, no deber dar acogida a juicios de un extranjero a ambos países (la Argentina y el Uruguay) que podían acaso herir susceptibilidades.

Luego le resume el contenido de las dos correspondencias perdidas. Así:

Y ahora voy a decirle claramente lo que allí decía y lo que dejaba entender. Desde luego no sólo ponía a salvo, sino que exaltaba, a usted como preclaro poeta, gran patriota y hábil abogado de Artigas; pero al juzgar a éste y su oposición con el patriciado porteño, me ponía, a vuelta de limitaciones, de parte de éste. He leído atentamente cuanto sobre Artigas han escrito Mitre, Sarmiento, Vicente F. López, usted y otros, y... no me convence usted. Me quedo con Vicente F. López. Sentiría herir los más sagrados y puros sentimientos de usted, mi querido amigo, pero su *Epopeya de Artigas,* si como obra de poeta y de patriota me parece admirable, como historia la encuentro abogadesca, sofística. Artigas era un caudillo de montonera, un bárbaro suspicaz y rencoroso, un enemigo de la civilización. Su retirada al Paraguay es obra de despechado. Y en mi artículo había entre líneas algo más, y esto es, sin duda, lo que movió a *La Nación* a no publicarlo, y es mi creencia y deseo de que un día, sea como fuese, el Uruguay y el Paraguay entraran a formar parte de la Argentina. Y una indicación respecto al porvenir de Portugal acaso un poco dura. No creo, amigo mío, en las pequeñas nacionalidades, y no creo en eso de la patria atlántica subtropical. Y no quiero extenderme aquí en consideraciones bismarckianas. Es delicado hablar a un hijo de la enfermedad de su madre.

Esto en cuanto al primero de los escritos perdidos, cuya circunstancia da más valor a este resumen que Unamuno hace de él. Veamos ahora el del titulado "La esfinge paraguaya":

Y el otro artículo, el tercero, aquel en que puse más alma, el referente a Rodríguez Francia, de quien hacía una especie de defensa como de perro guardián de la siesta de su pueblo (pueblo que prefería la modorriente felicidad a la cultura), no me lo publicaron acaso por no herir a los paraguayos. Todo lo cual no esperaba cuando antes me habían publicado unas correspondencias bastante duras sobre cosas de Bolivia.

Ahora que sabe usted el sentido de mis dos artículos no publicados, ¿cree usted que debo rehacerlos en lo posible? Volveré a exaltar la labor de usted de poeta, de patriota y de abogado, pero volveré a no

darme por convencido de esta última y a afirmar que después de leída y admirada—¡como el que más!—su obra sigo ateniéndome al Artigas de Vicente F. López y no creyendo que aquel caudillo de montonera fuese un héroe ni mucho menos, sino un montaraz imperativo, incomprensivo, autoritario y el último despechado. Y en cuanto a Rodríguez Francia, volvería a escribir cosas de un melancólico pesimismo y sosteniendo si acaso no estaba en lo cierto al querer hacer del Paraguay un paraíso terrenal sin tentación de ciencia ni de cultura. Sólo que esto es imposible.

Ya lo sabe usted, pues, todo.

Ya veremos más adelante la contestación de Zorrilla de San Martín en asunto que tanto le interesaba. Ahora demos fin a la transcripción de esta carta de Unamuno, la última, según creo, de las que escribió al poeta uruguayo. Se refiere a quehaceres literarios:

Y ahora, a otra cosa. No le envié a su tiempo mi *Rosario de sonetos*. Hoy le remito tres ejemplares, uno para usted y otros dos para que me haga el favor de hacerlos llegar a manos de los señores don Enrique Rodó y don Carlos Vaz Ferreira. A ambos les debo carta y a ambos me da vergüenza escribirles por razones análogas.

Otra le escribiré de otras cosas.

Ahora me traen muy atareado y preocupado los artículos que desde diciembre pasado estoy publicando en *La España Moderna*, y que constituyen mi hasta hoy obra capital.

De ese Uruguay hace tiempo que sé poco.

Hasta otra.

Ya sabe cuán de veras es su amigo,

Miguel de Unamuno.

Los artículos a que se refiere al final de esta carta son los capítulos de su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, que, como es sabido, fueron anticipados en las páginas de la revista madrileña citada.

Esta carta de Unamuno está fechada el 27 de abril de 1912, y el 23 de mayo siguiente la contestaba Zorrilla de San Martín defendiendo a su héroe y rebatiendo los argumentos unamunianos. En ese plano cordial y fecundo en que su amistad supo mantenerse. Dice así:

VIII ª

Mi querido amigo: Muchas gracias por su interesantísima carta. No, no pretendo ni deseo que usted rehaga sus correspondencias; con lo que usted me dice tengo bastante para conocer y meditar, como ellas merecen, sus opiniones. Era todo cuanto yo deseaba. Es claro que ellas

me contristan, y me hacen desconfiar, pese a sus generosos elogios, de mis facultades, pues no he sabido defender eficazmente la más hermosa de las causas; pero me consuela pensar que si fuera verdad que mi raciocinio peca de sofístico, aún puedo esperar que el suyo adolezca del defecto contrario: de una lógica tiránica. Todo el mal concepto que usted se forma de nuestro Artigas es consecuencia implacable de su premisa *bismarckiana,* como usted la llama: usted no cree en las pequeñas nacionalidades; yo, sí; yo creo que ellas son las solas guardianas del derecho; seres benéficos por excelencia en el universo. Soy profesor de Derecho Internacional en nuestra Universidad; enseño que la sola base de ese derecho, rama la más atrasada del general, es la existencia de una sociedad formada de personas colectivas o estados, análoga a la civil de personas físicas. Como en ésta coexisten, y deben coexistir, los chicos y los grandes (porque *necesariamente* tiene que haber chicos y grandes), en aquélla tiene que pasar otro tanto. Es un ideal engañoso, me parece, aspirar a que todos sean grandes. Eso *no es,* como dice nuestro común amigo Carlyle, trasladar de la esfera moral a la jurídica esas verdades o armonías; es la labor, lentísima pero constante, de la civilización humana. En mis *Conferencias y Discursos* tengo algo de eso dicho hace muchos años.

Aquí termina la argumentación del gran biógrafo de *Artigas.* El resto de la carta tiene un tono diferente. Helo aquí:

Le anuncio, pues viene a cuento, que en estos días precisamente, mediados de junio, tengo que ir a Río de Janeiro, como delegado de esta tierra de Artigas, al Congreso o Conferencia de Jurisconsultos, encargado de redactar un Código de Derecho Internacional Público y Privado... ¿Se perderá realmente el tiempo que se emplea en esas cosas? De todos modos, le pido a usted órdenes para la capital brasileña.

No ha llegado a mis manos, hasta ahora cuando menos, el precioso obsequio de su *Rosario de sonetos.* Si lo recibo, volveré a escribir a usted. (Ahora acabo de recibirlos. Enviaré los suyos a Vaz y Rodó.)

Que siempre me es grato tener ocasión de manifestarle en cuánto estimo y con cuánta cordialidad cultiva su amistad este su siempre affmo.,

Juan Zorrilla de San Martín.

Preparo la segunda edición de *Artigas,* muy corregida y ampliada; se imprimirá en Barcelona.

* * *

Esta fué la amistad de los dos escritores, tal como se refleja en las dieciséis cartas que entre ellos se cruzaron—ocho de cada uno—en los años comprendidos de 1905 a 1912. Las del uruguayo las he copiado diligentemente de los originales autógrafos que se conservan en el archivo de Unamuno, en Salamanca; y la copia de las

de éste me ha sido facilitada por el hijo político de Zorrilla de San Martín, Raúl Montero Bustamante, a quien me complazco en expresar desde aquí mi agradecimiento.

Tratemos ahora de puntualizar otros extremos y aspectos de esta amistad, no sin consignar nuestra extrañeza por la interrupción epistolar que el material ya reunido acusa. Recuérdese que Zorrilla de San Martín no murió hasta 1931, casi veinte años después de su última carta a Unamuno, y éste vivió hasta el último día del año 1936. Tal vez algún día podamos saber si aquella correspondencia cuenta con más eslabones que, hoy por hoy, no conocemos.

Como un reflejo de esta comunicación epistolar, he buscado entre los libros de don Miguel de Unamuno cuáles son los del escritor uruguayo que tuvo en su biblioteca, que, como es sabido, hoy se conserva en la Universidad de Salamanca. Su análisis será la segunda parte de esta comunicación.

II

Libros de Zorrilla de San Martín, en la biblioteca de Unamuno

1. *Tabaré.*—Cuando Unamuno inicia su comunicación epistolar con su colega uruguayo, le dice que ya conoce y tiene su poema *Tabaré*—"... lo he leído más de una y de dos veces", le dice—. Se lo trajo de regalo un vasco que residió en Montevideo.

En efecto, es la edición que forma parte de la Biblioteca de Autores Uruguayos, aparecida en 1889, cuya dedicatoria impresa, a Elvira Blanco de Zorrilla, primera esposa del poeta, está firmada el 19 de agosto de 1886, poco después de la muerte de aquélla.

El ejemplar acusa un manejo intenso, aunque no hay anotaciones marginales en lápiz, ni en las guardas, según acostumbraba hacer Unamuno en sus propios libros. Pero hubo otra época de su vida en que las hizo en cuartillas o en hojas pequeñas de papel, que luego guardaba en sobres. Este último sistema debió de ser el utilizado en este caso.

2. *Resonancias del camino.*—París, Imprimerie Nouvelle, 1896. Es, como sabemos, una serie de impresiones de viaje en forma epistolar, dirigidas a su esposa, y referentes a sus visitas a ciudades españolas, francesas, italianas, alguna suiza e Inglaterra. El itinerario español se centra en Madrid, Barcelona, Toledo y el valle de

Soba; en la Montaña, de donde descendía Zorrilla de San Martín. Corresponden estas impresiones a su viaje a Europa en 1892 con motivo de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América.

Este libro le fué enviado a Unamuno por su autor, según le anuncia en carta de 26 de marzo de 1906. Carece de dedicatoria y de anotaciones. Sin embargo, recuérdese cómo en una de sus cartas cita éste lo que escribió de la visita del uruguayo al solar de sus mayores, que en este libro se refiere.

3. *Huerto cerrado.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900. "Tengo mucho cariño a esas páginas, que también le remito, que se titulan *Huerto cerrado,* y que espero no disuenen en su oído." Así le había escrito el autor a Unamuno el 26 de marzo de 1906.

Como el anterior, no tiene dedicatoria autógrafa ni anotaciones de lector. Se trata de una colección de prosas, que tras el "Propósito", declarado inicialmente, se agrupan en estos tres apartados: I. En Tierra Santa. II. El primer arzobispo de Montevideo; y III. Nuestra Señora del Huerto.

4. *Conferencias y discursos.*—Prólogo de Benjamín Fernández Medina. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1905. Carece de anotaciones de Unamuno; pero lleva una dedicatoria autógrafa del autor, concebida en estos términos: "Al señor don Miguel de Unamuno. Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, marzo 1905."

Debió de ser el primer libro enviado al escritor vasco, ya que en la primera carta de éste, fechada el 29 de noviembre del mismo año, le declara haberlo recibido hace unos meses. "Antes de acusarle recibo de su envío—añade—, los leí, me encantaron, los releí en voz alta (leyéndoselos a un ciego amigo mío), y formé el propósito de escribir sobre ellos, difiriendo el dirigirme a usted hasta haberlo hecho." Ya sabemos que don Miguel cumplió esta promesa.

De las veinticinco piezas oratorias en este volumen contenidas, Unamuno se fijó en una de ellas, el llamado discurso de Lavalleja. Como es sabido, no pocos de estos discursos y conferencias fueron pronunciados en España, con ocasión del viaje que realizó a ella cuando el IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1893. Una de ellas tuvo lugar en el Ateneo de Madrid, sobre "Descubrimiento y conquista del río de la Plata"; otra, en el monasterio de la Rábida, titulada "El mensaje de América"; una más, acerca del "Derecho Internacional", en el Congreso Jurídico Iberoamericano, que tuvo lugar en la capital de España; un discurso en el homenaje tributado a Núñez de Arce, presidente de la Asociación de

Escritores y Artistas Españoles; otro, en el acto de clausura del Congreso Pedagógico, celebrado en Madrid en 1893; otro, sobre "El idealismo hispánico", en el teatro Real madrileño, en un acto benéfico; una conferencia en la Real Academia Española, al asistir por vez primera a sus sesiones como correspondiente americano; unas palabras, con igual motivo, en la Real Academia de la Historia, a las que contestó Cánovas.

Los restantes discursos y conferencias fueron pronunciados en Montevideo, en Roma y en Buenos Aires. De todas las reunidas en el volumen, me parece oportuno recordar expresamente ahora, por lo parejo de la coyuntura, la memoria sobre "La lengua castellana", presentada al Congreso Literario Hispanoamericano, que se reunió en Madrid en los días comprendidos entre el 31 de octubre y el 10 de noviembre de 1892.

5. *La epopeya de Artigas. Historia de los tiempos heroicos del Uruguay.*—Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1910. Dos volúmenes en veintisiete conferencias. XV páginas del prefacio y 438 y 441 cada uno de aquéllos. No hay anotaciones del autor; pero como a esta obra le dedicó no menos de tres correspondencias, debió de hacerlas en papel aparte. La dedicatoria del autor, al frente del tomo primero, dice así: "A don Miguel de Unamuno. Su amigo afectísimo, Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, noviembre 1910."

Como más atrás indiqué, existe también la edición española en dos volúmenes de esta obra, hecha en Barcelona (Luis Gili, 1916-1917), y corregida y ampliada por el autor.

6. *Detalles de la historia rioplatense.*—Montevideo, Claudio García, 1917, 138 páginas. Es una colección de artículos literarios, entre los cuales se reproduce el prefacio al libro que dedicó a *Artigas.*

La dedicatoria reza así: "A don Miguel de Unamuno, su ilustre amigo, envía en recuerdo afectuoso Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, septiembre 1917."

7. De este año es también la versión inglesa de un discurso que Zorrilla de San Martín pronunció con motivo de la visita de la flota norteamericana del Pacífico al puerto de Montevideo, el día 15 de julio de 1917, en la recepción de aquélla (8).

8. *Discurso del monumento.*—Montevideo, 1923. Es el que pronunció su autor el día 28 de febrero de 1923, con ocasión de ser

---

(8) "Address delivered by Dr. Juan Zorrilla de San Martin, President of the popular Committee for the reception of the United States Pacific fleet, in the Headquarters which on the invitation of the Committee was established by the Y. M. C. A.", *Sunday Evening,* July 15, 1917, Montevideo, Tipografía La Industrial.

descubierto el erigido a Artigas en la capital uruguaya. De todos los libros que envió a Unamuno, es el que tiene una dedicatoria autógrafa más entrañable y, en cierto modo, nostálgica: "A Unamuno, buen amigo. Recuerdo viejo. Juan Zorrilla de San Martín. Montevideo, mayo 1923." Se deduce que si no se escribían ya, como hoy debemos suponer mientras no se allegue otro material, seguía siendo vivo el recuerdo que los unió.

Y junto a las obras del poeta uruguayo que hoy se conservan en la biblioteca de Unamuno, creo que debe ser incluída, puesto que en la correspondencia de ambos fué objeto de reiterada alusión, la *Antología*, que Raúl Montero Bustamante le hizo enviar a don Miguel con otros libros de su suegro. Su título exacto es éste: *El Parnaso Oriental. Antología de poetas uruguayos.* Montevideo, 1905, 383 págs. La dedicatoria está concebida en estos términos: "Al ilustre escritor don Miguel de Unamuno, cuya elocuente palabra tanto bien está haciendo en el medio ambiente hispanoamericano. Su affmo., *El Autor.* Montevideo, mayo 1906."

CONCLUSIONES

La presente comunicación, en la que se ha utilizado un material inédito, como es el de la correspondencia cruzada entre el escritor uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y el español Miguel de Unamuno, pretende no sólo dar a conocer aquél, sistemáticamente ordenado, sino que aspira, ignoramos con qué eficacia, a llamar la atención sobre una de las más interesantes figuras de las letras hispanoamericanas de los últimos decenios.

No pretendimos analizarla en su conjunto, pues todos sabemos que sus obras la han colocado, ya para siempre, en un merecido primer puesto de nuestra común Literatura; pero, amparados por la sombra viva de quien tanto y tan bien entendió y conoció a los escritores de la América que habla y escribe en español, como lo fué Unamuno, creemos que han sido revelados ciertos matices de la poderosa y original personalidad de Zorrilla de San Martín.

Estos matices vienen a realzar los que él mismo se encargó de ofrecernos agrupados al cantar a Tabaré y al biografiar a Artigas, así como aquella interesante serie de conferencias y discursos, la mayor parte de los cuales tuvieron por escenario la propia España y por público a los españoles de finales del siglo pasado.

Por todo ello, y teniendo en cuenta que a finales de 1955 se cumplirá el primer Centenario del nacimiento de Juan Zorrilla de

San Martín (el 28 de diciembre, exactamente), me honro en someter a la consideración de estas II Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas la siguiente

PROPUESTA

Que a lo largo del año 1955, y más concretamente en torno a la fecha del nacimiento de Zorrilla de San Martín, de la que en aquél se cumplirá el primer Centenario, de acuerdo con los actos que el propio Uruguay, su tierra, tenga el propósito de llevar a cabo en dicha ocasión, sea recordada con la brillantez que se merece este acontecimiento, tanto en los países americanos de habla española como en la propia España, encomendando a la Mesa de estas Jornadas, si esta causa es merecedora de su apoyo, concretar en un programa conjunto, de carácter eminentemente literario, esta celebración.

Salamanca, 17 de julio de 1954.

Manuel García Blanco.
Universidad de
SALAMANCA.